



ROBERT HUTCHINS, *La educación superior en América*, ed. y trad. de Ángel Pascual Martín, Eunsa, Pamplona, 2021, 212 pp. ISBN: 978-84-313-3603-5.

Una obra como *La educación superior en América* (1936) (*The Higher Learning in America*), editada por Ángel Pascual Martín para la editorial de la Universidad de Navarra, proporciona al lector la traducción de uno de los primeros trabajos de Robert Hutchins (1899-1977) que marca el punto de partida de toda una vida dedicada a la reflexión en torno al concepto de educación. Hutchins es por ello uno de los filósofos de la educación más representativos del siglo XX estadounidense, menos conocido que John Dewey, por ejemplo, pero con no menos aportaciones valiosas a la discusión de un concepto tan problemático, maltratado y malinterpretado como es la educación. Este hecho lo confirma la autoría de un gran número de obras dedicadas al tema como *Education for Freedom* (1943), *The Great Conversation* (1952) o *Great Books: The Foundation of a Liberal Education* (1954) donde *La educación superior en América* ocupa un lugar propedéutico. Esta obra trata de identificar y poner de manifiesto la paradoja educativa de la modernidad que reside en que los sistemas educativos necesitan introducir elementos no modernos para seguir siendo educativos. Esta visión del fenómeno de la educación responde a inquietudes y experiencias que Hutchins vivió desde dentro de las instituciones y lejos de cualquier pretensión de ideal. Como filósofo de la educación y como responsable de la Universidad de Chicago (fundada en 1890 por Davidson Rockefeller) de la que fue *President* y *Chancellor* entre los años 1929 y 1935, siguiendo la estela de William Rainey Harper, Ernest D. Burton y Max Mason, su aspiración siempre fue otorgar a la institución una verdadera dimensión humana. Este vínculo jerárquico, donde lo educativo está supeditado a lo humano, y donde lo humano aparece como fin de la educación, tuvo en los siglos XVII y XVIII estadounidenses su nacimiento con la generación de peregrinos del Mayflower. Esta generación es la responsable, de acuerdo con el prólogo histórico que lleva a cabo Pascual Martín, de la fundación de la Universidad de Harvard (la primera universidad) y de sus ocho colleges. Con la fundación de Harvard da comienzo en Estados Unidos la historia de la educación superior. La Universidad de Harvard fue concebida en su origen para la "preservación y transmisión del conocimiento al servicio de la iglesia y el estado", por lo que quedaba a cargo del "cultivo general, intelectual y moral, para el ejercicio de la ciudadanía... para el servicio público". Generar nuevo conocimiento no era una de las funciones principales de la institución y tampoco estaba respaldada por semejante principio. Tampoco lo era en su origen para todas las instituciones hoy célebres que nacieron después. En su mayoría, las instituciones educativas estadounidenses surgieron dirigidas al servicio público. La Universidad de Chicago también quedó impregnada de esta aspiración cuando el presidente Harper reivindicaría convertirla en "motor de progreso material y social" en la línea histórica de las demás. Sin embargo, es la exigencia de ser el centro del progreso material y social a la vez, de combinar ambas aspiraciones, lo que ha

planteado el gran desequilibrio en el diseño de los programas de educación superior, además de haber introducido a Hutchins en el debate histórico, secular, sobre qué es y cómo se ha de desarrollar un programa eficaz de educación superior (y de educación general). En el caso particular de la Universidad de Chicago, por ejemplo, se crearon de la mano de Harper programas formados por dos fases compuestas por el junior college —etapa de formación general— y el senior college —etapa de concreción y especificación de los estudios—, que pronto acabarían perdiendo fuerza no debido su ineficacia, sino a los cambios sociales que el siglo XX deparaba.

De ahí que la obra de Hutchins tenga un valor testimonial notable. El prólogo a la edición de 1962, que Hutchins escribió para advertirnos de que el mundo que existía cuando el libro fue publicado por primera vez había cambiado y se había convertido en otro mundo, resulta de gran ayuda para contemporizar su contenido y comprender la potencialidad de su obra. Lo extraño es que el azar quiso que los argumentos de Hutchins cobraran más fuerza en 1962 que en la década de los treinta, momento de su primera publicación. En este aspecto el contenido del prólogo se explica con gran claridad. La obra adquirió importancia casi treinta años después dado que en la década de los sesenta el mundo occidental “era otro mundo”, según se advierte, era un mundo diferente donde la sociedad de los países industrializados avanzados “aún no creía que su sustento y sus vidas pudieran verse amenazadas por la tecnología” y donde las vidas cotidianas de los individuos y sus destinos aún no eran parte integrante de la “ensoñación tecnológica” posterior. Cuando la obra fue publicada por primera vez, el mundo no había sufrido la II Guerra Mundial, la bomba atómica o la Guerra Fría y la universidad no constituían el pilar del desarrollo económico de los Estados Unidos. Aquella ensoñación tecnológica tuvo una rápida manifestación en todos los ámbitos de la vida a partir de la segunda mitad del siglo XX. También en los sistemas educativos. Así, *La educación superior en América* problematiza las consecuencias que el rápido desarrollo de la ciencia y la tecnología tuvo para la educación cuando se convirtió en la clave del dinamismo económico y social de los Estados Unidos. La filtración de la lógica científica en la universidad, dada su eficacia infalible en sus ámbitos de aplicación, se tradujo en una exigencia desmesurada de la “especialización técnica” de los planes educativos universitarios. Esta especialización, que la universidad de Chicago también proyectó y que acabó relegando el junior college a la irrelevancia, cobra un significado peyorativo cuando descubrimos con Hutchins que lo que surge en esta nueva realidad es una noción de la educación superior reducida a un mero medio práctico. Lejos están de esta idea los proyectos educativos de los colleges norteamericanos del siglo XIX y principios del XX inspirados en el modelo alemán donde se imbrican a la perfección la necesidad de una “educación general” como el fundamento irrenunciable de la educación universitaria más específica (o educación superior). El momento de reflexión hutchinsiano es el producto de una época de inversión de la mentalidad educativa con respecto a siglos anteriores, donde la tendencia a la mercantilización se traduce en un sistema de educación superior basado en el “amor al dinero”, “una idea equivocada de democracia” y una “idea equivocada de progreso”. El objetivo principal de *La educación superior en América* reside en corregir esta inercia, no sin el debido reconocimiento de su inexorabilidad. Construir una filosofía de la educación sin olvidar lo irreversible de los embates de las ciencias empíricas convierte la obra de Hutchins en una propuesta recurrente incluso para el siglo XXI.

La educación en general y la educación universitaria en particular nunca pueden ser un medio, sino que han de ser un fin en sí mismo. Por ello, la idea de que

la universidad resulte un lugar cuyo único objetivo sea cumplir la “vocación” de sus estudiantes no tiene cabida. La vocación no es más que el espíritu de la especialización asimilado por el sistema educativo; su manifestación concreta aparece con los programas de libre (y amplísima) elección de materias. La consecuencia inmediata de esta tendencia queda manifiesta en la “disgregación de los saberes” y su “separación”. Si desde el inicio de los itinerarios de la educación superior se prioriza la preferencia individual de los estudiantes a la hora de construir un currículum según sus apetencias, la universidad no supone más que una plataforma receptora incapaz de evitar convertirse en la reafirmación de una realidad que solo se sostiene en la novedad de los hechos, esto es, en la mera sucesión de la información. Este modelo implica que la educación superior es una institución que se mimetiza y cambia según cambian las modas, reducible a una imagen elaborada de su temporalidad, vacía, sin nada que ofrecer que pretenda una configuración única de la experiencia humana como meta principal. En este caso sería la sociedad la que moldea la educación pero no la educación la que aporta un cambio verdaderamente “humano” a la sociedad. Dice Hutchins: “el objetivo del sistema educativo americano debería ser ayudar al pueblo americano a llegar a ser lo más inteligente posible”. De ahí que la universidad deba crecer desde el interior hacia el exterior y que su recurso y fuente no sea la realidad inmediata, sino histórica. Para que la educación superior en general llegue a ser verdaderamente transformadora, los programas universitarios han de dividirse en dos etapas: la etapa de “educación general” y la etapa de “educación superior”. Ambas son complementarias y su objetivo es acabar con los dilemas que surgen en torno a si en la universidad ha de prevalecer la “educación” o la “investigación”, si ha de buscar la verdad por sí misma o no, si ha de incidir más en el plano del pensamiento o en de la preparación para “ejercer” un oficio. Estos dilemas se podrían reducir a una pregunta: ¿es el espíritu de la praxis el modo como han de asimilar los planes universitarios la tendencia omnimoda implícita en el desarrollo de las ciencias empíricas?

Hutchins responde que la aproximación a los planes de “especialización” no ha de ser inmediata, sino mediata, es decir, que para que un estudiante llegue a realizar sus estudios superiores tiene que haberse enfrentado durante unos años a la etapa de educación general. Y la educación general es lo que da sentido al todo debido a que se presenta como la responsable de imprimir el carácter intelectualista a la educación. En definitiva, para que haya una buena “investigación” antes ha de haber una buena “educación”. Para Hutchins, “mientras los estudiantes y los profesores no dispongan de una formación intelectual común, la universidad no dejará de ser una colección de escuelas dispares”. La construcción de la comunidad académica pasa por el reconocimiento y la revalorización del pasado como algo más que una reliquia rígida e inerte para el presente. La única fuente a la que se puede recurrir para contrarrestar la inercia educativa del presente se encuentra en la activación real del pasado. Solo desde allí se accede a la materia prima que está en juego para construir un pilar consistente que permita la autonomía de la educación. La virtud de Hutchins proviene en este caso de haber captado, de un modo precoz, además, la necesidad de que la universidad sea un lugar donde el tiempo se detenga y su aceleración no deje huella, y donde recibir con interés las cuestiones que han asaltado al ser humano de manera inevitable desde que tiene conciencia de sí. Esta relación con un tiempo que va más allá de la modernidad es lo que alimenta y fortalece la independencia de la universidad con respecto a la inmediatez de su contexto y lo que muestra un potencial liberador. Con base en esta idea, Hutchins está en condiciones de plantear que la educación debería “basarse en el cultivo del intelecto” —en un sentido aristotélico— antes que en la transmisión de mera información. Esta activación o revalorización o dignificación del pasado la proporciona la aproximación a la lectura de los grandes textos de la

cultura que aún hoy tienen un valor incuestionable, aunque cada vez haya que defenderlos con más energía. La gran enseñanza que proporcionan no se encuentra solo en su contenido, sino en aprender a apreciar todo aquello que no tiene una aplicación práctica inmediata, sino a largo plazo, en la medida en que llevan siglos trazando de un modo u otro los “elementos comunes de nuestra naturaleza común”, presente tras los “libros que a lo largo de los siglos han alcanzado la dimensión de clásicos”. Lo que hay de fondo es la filosofía. Hutchins se refiere a acercarse a los libros de Platón, Cicerón, San Agustín, Newton, etc., con la misma actitud que Sócrates se acercaba a la verdad y dialogaba con sus amigos en torno a ella. Leer y dialogar sobre los grandes libros de todas las épocas nos ejercita en la humildad que abre paso a que lo no moderno otorgue una nueva dignidad a lo moderno, además de permitir con su resurgimiento una nueva recepción y puesta en práctica de artes liberales como la gramática, la lógica o la matemática (todas potenciadas por la lectura de estas obras). Aquí se encuentra la condición indispensable para acercarse a cualquier tipo de especialización y el modo como las ciencias empíricas deben introducirse en los planes de estudios. Hutchins estaría de acuerdo en reconocer que habremos recibido una buena educación cuando hayamos dejado de preguntar por la utilidad de lo que estamos haciendo. Esta etapa de educación general sería “una etapa de cuatro años que empezaría en el penúltimo año de high school y finalizaría tras el segundo año de college”.

Por tanto, esta etapa de educación general constituye la base de la etapa de educación superior. Pero, entonces, ¿cómo entiende Hutchins la educación superior? Por supuesto, y a pesar de los problemas que producen, no desde el desprecio a las ciencias empíricas que “deben seguirse y promoverse”. Esto no significa que el “espíritu científico” del empirismo sea un principio rector aceptable para la educación superior, puesto que no existe una capacidad motriz del pensamiento en la simple acumulación de datos. Lo que demanda la “búsqueda de la verdad” como principio rector del conjunto de las disciplinas es un “principio unificador” orgánico fundado en una “jerarquía de verdades”. Para ello, Hutchins tiene en cuenta la capacidad unificadora que antaño tuvieron tanto la teología como la metafísica. El problema reside en que ambos paradigmas han desaparecido. La teología ha dejado de existir en un mundo sin fe y la metafísica está apartada dentro de algún lugar en los departamentos de filosofía, si bien es cierto que su pérdida coincide con la desvinculación de todas las ramas del saber. Además, Hutchins quiere volver a activar su potencial proponiendo que “el estudio no partiría de las observaciones más recientes hasta llegar a los primeros principios, sino de los primeros principios hasta aquellas observaciones recientes que fueran significativas para comprenderlos”. Por esta razón se encuentra en la metafísica la clave para la reconstrucción de un “todo comprensible” que dirija la labor de la universidad lejos de la mera mimetización con el exterior. Los primeros principios se convierten en guía de todas las disciplinas relacionadas tanto con las ciencias sociales como con las ciencias naturales, todas han de enfocar su actividad al conocimiento de los primeros principios, que funcionan como un elemento atrayente de todo lo que se estudia e investiga. De ahí que las aspiraciones personales e intelectuales de quienes se aproximen a la formación universitaria acaben despertando una disposición común hacia esos primeros principios, fundamentales para la construcción de lo que se podría considerar una identidad propia para la universidad. Con construcción de una universidad con identidad propia no se trata de olvidar o ignorar deliberadamente el presente haciendo muestra de un desprecio irracional hacia todo aquello que tiene que ofrecer, sino que debe procurar que el presente no acabe engullendo todos aquellos elementos del

pasado que son una fuente eterna de enseñanza en todas las dimensiones del ser humano.

***José María J. Caballero***